



## La flor del flamboyán

## Recuerdos

## ¿QUÉ RELACIÓN MANTIENEN USTEDES CON SUS RECUERDOS?

Una relación compleja, supongo. Es difícil llevarse bien con los recuerdos. Si son buenos, actúan como contraste lacerante con nuestra vida actual y esta se nos aparece como algo lastimoso. Si son malos, tendemos a efectuar visitas impregnadas de masoquismo, como deleitándonos en nuestros males, retozando en nuestro estiércol, regodeándonos de nuestra desgracia. No hay manera, en definitiva, de salir vivo de ellos. Nuestros recuerdos son nuestros enemigos.

Dijo un sabio que uno se ha hecho viejo cuando le despiertan una mayor emoción los recuerdos que los proyectos. En este sentido, hay viejos prematuros. Miren el protagonista de *En busca del tiempo perdido*, cuyo título es ya toda una declaración de principios. Dicen los expertos que la novela ejemplifica la idea de la persistencia del pasado en la personalidad del sujeto. Nuestro ser no es una melodía que transcurre con fluidez desde una nota a la siguiente, no es un paseo por la orilla del mar en el que nuestras huellas pretéritas quedan anuladas por el oleaje fino. Nuestro ser es una especie de tarta con todas sus capas operativas en cada momento. Ya conocen la manera correcta de comer una tarta de queso; hay que hincar bien la cuchara para agarrar todo en cada embestida: la galleta y el queso y el sirope. Ese poético romanticismo del paseo por la arena no nos vale como metáfora de nuestro ser; somos más tarta de queso que paseo en la bajamar.

Hay quienes no tienen otro remedio que sumergirse en sus recuerdos. Por causa mayor, no por afán de flagelo. El paciente inglés, laureada película de 1996, basada en la novela homónima del autor canadiense Michael Ondaatje, recrea una atmósfera entre atosigante y sutil, donde un herido de guerra recibe los cuidados de una bella enfermera en un aislado y semiderruido convento italiano. El paciente guarda un sepulcral silencio acerca de su pasado. Solo llegamos a descubrir quién es gracias a las memorias que lo asaltan. Es esa también la única manera de saber quién es uno mismo, al fin y al cabo. He dicho 'memoranza' muy adrede: me he resistido al popular anglicismo, *flashback*. Despliega el castellano gran belleza eufónica a este respecto: 'evocación retrospectiva' o, tirando de raíces clásicas, 'analepsia' son nuestros términos genuinos. ¡Evocación retrospectiva! qué filigrana de redundancia.

Cuentan los psicó-

Juan José Lara



Una escena de *Casablanca*, con Rick (Humphrey Bogart) e Ilsa (Ingrid Bergman)

logos que son dos las maneras de afrontar nuestros buenos recuerdos. Uno puede utilizarlos como comparación con la situación actual (el 'efecto contraste', en la jerga de los facultativos de la mente). O uno puede utilizarlos como muestra de que se ha disfrutado de una vida satisfactoria (el 'efecto legado'). Se trata de escoger entre dos maneras de recordar; la que se lamenta de que 'los buenos tiempos' ya nunca volverán y la que celebra haber sabido atesorarlos en nuestra mochila biográfica. Obviamente, es esta última la manera de proceder: legado, no contraste. Las comparaciones son odiosas, que dijo aquel; los legados, sin embargo, pueden ser la mar de enriquecedores.

Rick, inevitablemente se acuerda aquí uno de Rick. Rick Blaine enfrenta dos maneras de recordar. Puede pasar el resto de su vida lamentando que aquel año en París, en los apasionados brazos de Ilsa, no ha de repetirse. Ya no habrá besos con el ardor que se encendía en los labios de Ilsa. Ya ninguna piel lucirá la tersura embriagadora de la piel de Ilsa. Ya ninguna mujer nos amará en los Campos Elíseos. O Rick puede también congratularse de que la vida le haya brindado la oportunidad de sentir emociones que son desconocidas para la mayoría de humanos. Rick Blaine podría haber pasado por este planeta sin saber el aroma que desprende el amor de Ilsa; pero no, el destino se mostró obsequioso. Ese es el auténtico significado del «siempre nos quedará París»: una pareja pasa pronto a la categoría de expareja, pero un recuerdo se queda siempre en recuerdo.

¿Y los malos recuerdos? ¿Qué hacer con esas insidiosas criaturas? También aquí han realizado los psicólogos interesantes descubrimientos. Nos hace felices revivir los momentos felices de nuestro pasado sin analizarlos. Nos gusta revivir en nuestro teatro mental aquel día, pero no darle demasiadas vueltas: ¿cómo llegó a suceder? ¿qué pensaban los demás? Tal vez tememos que las respuestas a preguntas tales se llevarían por delante la magia del momento.

Con los malos recuerdos sucede justamente a la inversa: no nos conviene revivirlos, darle al *replay* mental, sino diseccionarlos, someterlos a reflexión. Si hemos de superar nuestras evocaciones más dolorosas, si queremos pasar definitivamente esa página marcada por la desolación, debemos sacar conclusiones, entenderlos, extraerles el significado.

A ver si encuentro alguna Ilsa este fin de semana. Para poder pensar en el futuro, poniendo mirada profunda de hombre interesante y desengañado, que siempre nos quedará Murcia.

## No apetece escribir

La gente que no ha escrito nunca con vocación literaria (es decir, guiada por la voluntad de provocar emociones mediante palabras que aspiran a estar bien dispuestas y escogidas), cree que un escritor es un individuo con facilidad para escribir. Sin embargo, sucede algo muy distinto. Un escritor es alguien, siempre, que encuentra más dificultades para escribir que el resto de los ciudadanos, por sus escrúpulos con respecto al uso del lenguaje, por sus incertidumbres sobre la eficacia de sus preferencias argumentales, por la tonalidad sentimental a la que recurre. A un escritor le resulta muy complicado ponerse de acuerdo consigo mismo en cada frase que escribe.

Recuerdo un estupendo artículo de Gabriel García Márquez que ilustra, mediante una suerte de fábula doméstica, esta maldición que convierte a los escritores en los individuos a quienes más difícil les resulta escribir, y a la vez en quienes más aman esas dificultades que plantea la escritura.

Contaba García Márquez que, en cierta ocasión, encontrándose de vacaciones en la casa que el mexicano Carlos Fuentes tenía en el Distrito Federal, la cocinera de Fuentes les pidió por favor a los dos ilustres escritores, durante el desayuno, que le redactaran una carta para solucionar un problema de la Seguridad Social. A la hora de la cena, borrachos por completo y enfadados el uno con el otro, aún no habían conseguido ponerse de acuerdo en la puntuación de la primera frase de la carta. Entonces, la cocinera los mandó a paseo, les retiró el impreso oficial en donde debían haber escrito, y les hizo saber que todo aquello confirmaba sus sospechas acerca de que los escritores eran unos completos inútiles. Avergonzados, los dos novelistas siguieron bebiendo hasta la madrugada, mientras se echaban recíprocamente la culpa por no haber sido capaces de escribir una sola línea.

Escribir cuesta mucho; redactar, un poco menos. Los escritores, a menudo, son incapaces de redactar, porque, aunque estén haciendo la lista de la compra, pretenden tener voluntad de estilo, musicalidad, inteligencia, lazos con la tradición.

A menudo no apetece escribir, y el escritor profesional debe hacerlo. Aunque se repita, aunque llueva mucho, aunque esté enfermo, aunque sospeche que no lo lee casi nadie, aunque el mundo parezca haber perdido la cabeza. El mundo cercano, el que empieza en la puerta de la calle.

Mis amigos escritores catalanes que escriben en catalán se han vuelto casi todos independentistas. Yo creo que sus aspiraciones son insolidarias, innecesarias e injustas, entre otras muchas cosas. Ellos creen lo contrario. No nos vamos a poner de acuerdo. No vamos a romper nuestra amistad, aunque ellos, imagino, se asombran de cómo pienso yo, y yo de cómo piensan ellos. Supongo que me consideran un poco menos inteligente de lo que me creían, y yo los juzgo también un poco menos de lo que consideraba. Las palabras que manejamos no significan lo mismo para todos: libertad, democracia, legalidad, justicia, policía, derechos civiles. En estos casos, las leyes y los tribunales son los que median en las democracias entre pareceres opuestos. Pero tampoco, me temo, nos vamos a poner de acuerdo con respecto a la frase anterior.

## SOLAPAS



ALFREDO PANZINI  
**En la tierra de los santos y los poetas**

EDITORIAL ARDICIA

► En su delicioso *En la tierra de los santos y los poetas* (1901), como un moderno *flâneur*, Alfredo Panzini recorre en bicicleta las míticas regiones italianas en las que dejaron su impronta Giacomo Leopardi, Dante Alighieri o Francisco de Asís, y de este modo reúne arte y

espíritu en un lúdico itinerario cuya finalidad no es otra que la de aunar, en su forma esencial, la vida y la literatura. El libro cumple así la doble función de ser delicada guía de temas, lugares y personas y también de las huellas de santos y poetas en Italia.